

como uno de sus amigos. Esther estaba ya arrepentida de sus palacios egipcios. El oficial de marina le alabó mucho los viñedos de Montpellier, diciéndole que sólo allí se recuperaba el vigor de la juventud, con la flor de las cepas.

Esther se convenció de tal modo, que no tardó en decidirse á venir al Mediodía de la Francia.

Para ver á Esther á su vuelta de Egipto, fué necesario ir á Montpellier, en donde pasó toda la primavera con la familia del oficial de marina. Éste le había ofrecido su corazón y su mano, pero ella comprendió que era ya demasiado tarde, porque conocía muy bien que ni el sol de Egipto ni la flor de las viñas tendrían virtud bastante para devolverle sus fuerzas. Se acababa por consunción, y perdía las últimas ilusiones de la vida. Se volvió entonces valientemente hacia la muerte, diciendo con aire resignado: «¡Solamente un milagro!»

¿Por qué no hizo Dios ese milagro? ¿Por qué no conservar para el teatro y para ella misma aquella mujer tan joven todavía, cuya alma conservaba siempre todo su fuego? Es que en la tierra todo se paga. Mientras más alto sube uno en las montañas del orgullo, más pronto se precipita uno desde lo alto.

IV.

Los presentimientos.

Los que están próximos á morir no piensan más que en cambiar de habitación, porque no se encuentran bien en ninguna parte. Á su vuelta á París, Esther vendió su hotel y se refugió en la Plaza Real, la misma en que había cantado tan alegre y tan tristemente sus primeras canciones.

¿Por qué iba ella allí, á aquel *campo santo* en donde se agitaban los fantasmas del pasado? Es que ella se creía ya de otra época; es que se sentía atraída por aquella soledad que fué tan dulce á su amigo Hugo.

En mi primera visita me dijo sonriéndose:

—¿No es verdad que aquí estoy bien para morir?

—¡Para vivir! ¿Pero no estaba V. bien en su hotel?

Entonces me explicó con mucha elocuencia, cómo su hotel, en donde había cenado, representado, cantado y bailado, no era sitio á propó-

sito para Esther preparándose á morir; allí se veía demasiado grande en su féretro; veía demasiados amigos á su alrededor, mientras que en la Plaza Real, aquel severo salón y aquella gran escalera parecían destinados á sus funerales.

Estaba muy ocupada del decorado con los tapices, pasando del estilo italiano al estilo flamenco.

—Vea V. (añadió); trabajo en mi cámara funeraria.

—No creo una palabra de todo eso. Siempre he oído decir que los habitantes de la Plaza Real viven cien años. Las dos vecinas de V., Marion Delorme y Ninon de Lenclos, murieron tan viejas, que no se sabía ya su edad. Hasta se asegura que la última no ha muerto todavía.

—¡Tanto peor para ella! Sobre todo, porque no era madre. Á mí, los que me sujetan son mis hijos.

Nos asomamos á una de las ventanas.

—La verdad es (continuó Esther), que si hubiera sido tiempo todavía, no hubiera venido. Voy á decir V. por qué. Cuando mi hermana Valía llevaba el arpa y yo tocaba la guitarra ó la mandolina, vi una mañana en la puerta de esta casa un féretro cubierto de flores; me figuré que era yo quien estaba dentro de la caja, y estuve triste todo el día. Me decía á mí misma que

no estaba muerta; pero, á pesar de eso, me veía siempre pálida bajo las flores. He alquilado esta casa, sin que aquel recuerdo se despertara en mi memoria; pero ayer he visto pasar un entierro, y no pienso más que en eso. Así es que, para alegrarme, espero comerá V. conmigo. Además, espero que Valía venga también. Nos hemos perdido un poco de vista; pero es tan alegre, que siempre tengo que perdonarle sus faltas. No hay nadie que me distraiga tanto como ella, hasta cuando no quiero que me distraigan.

Es verdad que Valía era de una alegría inagotable. Su constante charla estaba esmaltada de frases picantes y de imprevistas ocurrencias. Como decía Esther, no podía encanallarse más agradablemente, lo que no impedía que tuviese sus días de gran señora.

Aquella noche no fué; pero las dos hermanas más jóvenes de Esther llegaron bien pronto: también eran comediantas, pero comediantas de raza, que dejaron su nombre en el libro de oro. La primera era una segunda Esther, que más de una vez me ha recordado los triunfos de su hermana; menos diosa, pero más humana; la segunda representaba á Molière con el ingenio del maestro. Preciosa fanfarrona del teatro, encantadora mujer de mundo en su casa, sabiéndolo todo, pero no haciendo nunca el papel de mujer sabia.

Durante la comida, se esforzó en probar á Esther que nunca había estado mejor.

—¡Ay! (dijo): el sol se va.

Apenas hacía ocho días que estaba instalada en su casa, cuando ya estaba soñando en emprender nuevos viajes. Nos hablaba de Madera, de Meuton y de Argel.

—Decididamente (exclamó de pronto), no volveré á sentarme á la sombra de las pirámides, pero iré á Cannes.

Se creyó que era un capricho pasajero; pero ocho días después anunciaban los periódicos que la señorita Esther pasaría en Cannes el invierno.

V.

El último adiós.

Quando Esther partió para Egipto, M. de La Marche la acompañó hasta el buque que, según la expresión de la trágica, «llevaba á Fedra y su fortuna.» Desde Egipto escribió Esther algunas cartas á M. de La Marche; pero éste no era ya más que un amigo, separado por completo de todos los recuerdos de sus pasiones. Ella le escribía: «Cuando V. me amaba, era yo un cuerpo con un alma; hoy día soy un alma sin cuerpo.»

La verdad es que M. de La Marche la había amado más por su encantador ingenio que por su belleza pasajera.

Ya he dicho que había ido á abrazarla á Tebas; pero no pudo estar con ella hasta su regreso á Francia.

Quando partió para Cannes, quiso acompañarla; pero, al verse tan enferma, rehusó por un sentimiento de coquetería. Hubiera sido muy dulce para ella verse acompañada por el amigo